

## **Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 10b, Hebreos 11:1-12:3: La fe en acción (Parte 2)**

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

La lista de ejemplos del autor se cierra con una impresionante acumulación de ejemplos, comprimidos y abreviados, de modo que dejan una impresión vívida y fuerte del interminable desfile de aquellos cuyos ejemplos podrían considerarse con mayor profundidad si el tiempo lo permitiera. Y así, leemos: ¿Y por qué sigo hablando? Porque el tiempo me faltaría para contar acerca de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David y Samuel, y los profetas, aquellos que por medio de la confianza conquistaron reinos, hicieron justicia, recibieron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron el poder del fuego, escaparon de la boca de la espada, se hicieron poderosos de la debilidad, se hicieron fuertes en la guerra, derrotaron ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron a sus muertos por resurrección.

Otros fueron torturados, negándose a aceptar la liberación para recibir una resurrección mejor. Otros experimentaron burlas, golpes, cadenas y prisión. Fueron condenados a muerte por lapidación.

Fueron partidos en dos, degollados a espada. Anduvieron vestidos de pieles de ovejas y de cabras, hambrientos, afligidos, maltratados, de los cuales el mundo no era digno, errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las hendiduras de la tierra.

Y todos éstos, aunque recibieron el testimonio por la fe, no recibieron lo prometido. Dios nos ha provisto algo mejor, para que no lleguen a la meta separados de nosotros. Esta acumulación de ejemplos se divide claramente en dos partes.

En los versículos 32 al 35a, el autor nos da una lista de nombres y eventos que abarcan el libro de Jueces, posiblemente hasta Malaquías, al menos brindando una especie de resumen de los logros de la fe a través de los libros históricos. En la segunda parte de este segmento, versículos 35b al 38, el autor habla también sobre los destinos de los profetas y los mártires de la crisis de helenización, completando así la historia canónica además de hacer referencia a varias leyendas sobre las muertes de mártires y los grandes profetas de Israel. En los versículos 34 al 35a, nuevamente, el predicador se centra en figuras que, a través de la confianza en Dios, lograron lo que cualquier persona en el mundo consideraría cosas maravillosas o milagrosas, mostrando destreza militar y experimentando una liberación oportuna de la muerte, incluso involucrando la reanimación de cadáveres.

En la segunda parte, versículos 35b al 38, el predicador se centra en aquellos que, a los ojos del mundo, serían unos perdedores avergonzados y derrotados, pero que, desde la perspectiva de Dios, son tan triunfantes y honorables como los héroes de

los versículos 32 al 35a. El mensaje que se transmite aquí es que, independientemente de las circunstancias externas, es la postura de lealtad a Dios y la confianza en la palabra de Dios lo que marca el valor de una persona, un valor que el resto del mundo puede, de hecho, no reconocer. Hebreos 11, 33 a 34, ofrece una colección muy concisa de logros de los fieles.

El grupo uno parece recordar sobre todo ejemplos relacionados con la monarquía. Quienes conquistaron reinos recuerdan los éxitos militares de los jueces y de David. El establecimiento o la realización de la justicia evoca las caracterizaciones del reinado de David en 2 Samuel y también el reinado de Salomón en 1 Reyes 10.

La frase que recibieron promesas es una amplia referencia a la recepción de beneficios específicos prometidos por Dios a las personas que confiaron en él, como, por ejemplo, David, quien recibió la promesa de un heredero que se sentaría en su trono, un trono que Dios haría grande. A continuación, hay un segundo grupo. Los siguientes tres logros de esta lista se centran en la liberación del peligro.

Los que cerraron las bocas de los leones sin duda serían reconocidos por los destinatarios como una referencia a la liberación de Daniel de la forma de ejecución señalada para él en Daniel capítulo 6. Los que apagaron el poder del fuego traerían a la mente a los tres compañeros de Daniel que, después de ser arrojados al horno de fuego, salieron ilesos de las llamas, como leemos en Daniel capítulo 3. Estos cuatro hombres eran celebrados en la cultura judía por su firme lealtad a Dios, demostrada en su adhesión inquebrantable al primer mandamiento, tanto el aspecto negativo de evitar la idolatría como el aspecto positivo de continuar ofreciendo adoración y oración a Dios, incluso frente a la amenaza de muerte. Daniel y los tres estarán en marcado contraste con los mártires que se mencionarán más adelante en los versículos 35b al 36, quienes son salvados no de la muerte sino a través de la muerte. El punto del autor será, por supuesto, que ya sea que la reivindicación de uno por parte de Dios venga dentro de esta vida o en la próxima, la persona de fe puede estar segura de que vendrá y andará en consecuencia frente a la hostilidad de los pecadores.

El caso de quienes escaparon del filo de la espada podría ser el de muchas figuras prominentes del Antiguo Testamento y, nuevamente, contrasta marcadamente con aquellos que encontraron la muerte por la espada en 11:37. Un tercer grupo se centra en aquellos que hicieron posible las victorias de Israel sobre grupos de personas hostiles. Aquellos que se hicieron poderosos a partir de la debilidad podrían recordar primero la historia de Sansón en Jueces 16, pero también podría traer a la memoria a otros que lograron actos poderosos por su confianza y firmeza en Dios, como la heroína Judit, un modelo de alguien que es considerado débil pero que es capacitado para un gran acto que le dio a Israel una gran victoria sobre sus enemigos.

Ambas figuras liberan a los israelitas de un poder extranjero. Los que se hicieron fuertes en la batalla y los que derrotaron a los ejércitos extranjeros son sólo descripciones que se aplican a muchas figuras, desde los Jueces hasta el rey David y hasta la familia asmonea y sus ejércitos en la Rebelión Macabea que comenzó alrededor del año 166 a. C. Los Jueces derrotaron a los ejércitos o campamentos militares de otras naciones, al igual que David y el ejército guerrillero que luchaba bajo el mando de Judas Macabeo y su familia.

Aunque los destinatarios no se encuentran en una situación militar, el testimonio que se da aquí sobre minorías que vencen a mayorías puede ser muy relevante y alentador para ellos, ya que están preparados para continuar contra la hostilidad de un mundo incrédulo claramente más grande y mucho más poderoso. Hebreos 11:35 sirve como una especie de puente entre estas figuras triunfantes en los versículos 32 a 34 y lo que las personas de mentalidad mundana considerarían como perdedores abyectos en la segunda parte del versículo 35 y siguientes. Las mujeres recibieron a sus muertos de vuelta por resurrección, pero otros fueron torturados.

Negarse a aceptar la liberación para recibir una resurrección mejor. La primera mitad de este versículo introduce un nuevo tema, las mujeres, rompiendo así la continuidad con lo anterior y creando un nuevo comienzo. El autor habla aquí primero de mujeres que recibieron a sus muertos de vuelta a través de la resucitación más propiamente que de la resurrección.

Por ejemplo, la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta por medio de Elías, narrada en 1 Reyes 17, o la resurrección del hijo de la sunamita por medio de Eliseo, narrada en 2 Reyes capítulo 4. Sus ejemplos son otra confirmación del poder de Dios sobre la muerte, un tema que ha estado presente en todo el elogio hasta ahora. El autor presenta a estas personas en un leve contraste con aquellos que permanecieron leales hasta la muerte para alcanzar una resurrección mejor, es decir, aquellos que se levantaron a la vida eterna en el reino de Dios en lugar de aquellos que fueron resucitados nuevamente a la vida de este mundo solo para morir nuevamente. Aquellos que fueron torturados pero que mantuvieron su lealtad a Dios y la confianza en su recompensa a los fieles son los mártires que sufrieron bajo Antíoco IV durante la crisis de helenización de 164 a 160, perdón, 167 a 164 a.C., cuya historia está vívidamente preservada en 2 Macabeos 6:18 al 7, versículo 42, y luego ampliada en 4 Macabeos capítulos 5 al 18.

La inclusión de estos mártires no sorprende aquí, ya que habían cumplido una importante función como ejemplos de compromiso con Dios y con la ley de Dios en el judaísmo helenístico. De hecho, la naturaleza ejemplar de su fidelidad a Dios y a su alianza se introduce en la propia narración de sus sufrimientos en 2 Macabeos y 4 Macabeos. La historia de estos martirios se sitúa en el contexto de la creciente tensión en Jerusalén tras la refundación de Jerusalén como ciudad griega.

La creciente resistencia a esta helenización en el corazón mismo de la tierra de Israel condujo a medidas cada vez más represivas por parte del monarca seléucida Antíoco IV y sus funcionarios locales de Judea, hasta el punto de que se volvió ilegal seguir la práctica judía tradicional del país. Así, en 1 Macabeos leemos acerca de mujeres que fueron ejecutadas junto con sus hijos varones porque los habían hecho circuncidar o de judíos ancianos que fueron ejecutados porque estaban ocultando y protegiendo copias de los rollos de la Ley de Moisés. Los autores de 2 Macabeos 6 y 7 y de 4 Macabeos como una obra que en sí misma es derivada de 2 Macabeos cuentan la historia muy específica de nueve mártires, un anciano sacerdote llamado Eleazar, un grupo de siete hermanos y la madre de los siete.

Estos piadosos judíos son llevados ante Antíoco IV, quien está dispuesto a dejarlos ir si simplemente comen un bocado de carne de cerdo que había sido ofrecida a una deidad extranjera. La carne en cuestión es un doble golpe contra la observancia de la Torá, ya que es impura en sí misma y también carne sacrificada a un ídolo. Estos personajes son torturados uno a uno, y valientemente se niegan a aceptar la liberación a pesar de que se les ofrece repetidamente.

Aceptan comer y ser liberados de las torturas. Se dejan torturar brutalmente hasta la muerte antes que abandonar la fe en Dios. En particular, en 2 Macabeos 7, es la esperanza de la resurrección lo que tienen ante sus ojos y gritan con sus últimos suspiros como aquello por lo que están soportando los dolores y aferrándose a su lealtad a Dios.

Estos mártires mueren entre el desprecio y la burla de sus enemigos. A los ojos del mundo, mueren una muerte vergonzosa. Sin embargo, soportan el dolor y la vergüenza.

Tenían una salida para salir de esos extremos, un camino de regreso a la comodidad y la aprobación. Como Abraham y los patriarcas, tuvieron la oportunidad de abandonar el camino que exigía la obediencia a Dios. Sin embargo, con Abraham, Moisés y, como veremos a continuación, Jesús, estos mártires fijaron sus ojos en la recompensa prometida por Dios, que se describe aquí como una resurrección mejor.

El resto de los ejemplos del capítulo 11, versículos 36 al 38, amplían el grupo de aquellos que soportaron la vergüenza y la hostilidad en este mundo por causa de su confianza en las promesas de Dios, en lugar de abandonarlas para liberarse de la vergüenza o la marginación. El autor combina aquí una amplia gama de imágenes, cada una de las cuales contribuye al cuadro general de un grupo que está marginado en extremo, que no tiene lugar en la sociedad y está expuesto a toda forma de desgracia a manos de la sociedad. Aún así, otros experimentaron burlas, palizas, cadenas y prisión.

Los mataron a pedradas, los cortaron en dos, los degollaron a espada.

Andaban vestidos de pieles de ovejas y de cabras, hambrientos, afligidos, maltratados, gente de la cual el mundo no era digno, errantes en desiertos y montañas y cuevas y en las grietas de la tierra. Aquí, el autor probablemente reflexiona sobre las tradiciones de las muertes de los profetas. Jeremías es particularmente conocido por haber sido víctima de burlas, golpes y, con frecuencia, haber sido encarcelado y puesto en cepos o cadenas.

Aunque las muertes de los profetas pasan en gran medida desapercibidas en el Antiguo Testamento, surgieron leyendas judías para completar los detalles que faltaban. Así, se dice que Jeremías fue apedreado hasta la muerte según la tradición del libro Las vidas de los profetas, libro dos, al igual que Zacarías, el hijo de Joiada, conocido por el libro 2 de Crónicas 24. Tanto Las vidas de los profetas como el texto conocido como la Ascensión de Isaías conservan la tradición de que Isaías fue aserrado en dos.

Y el profeta Urías, conocido por el capítulo 26 de Jeremías, fue asesinado a espada. Las frases restantes de estos versículos describen la vida que se vivía al margen de la civilización. Las imágenes probablemente estén inspiradas, al menos en parte, en los relatos sobre la vestimenta y las frecuentes estancias de los profetas Elías y Eliseo.

Pero el autor puede tener en mente también la apokoresis, la marcha a las colinas, de aquellos judíos fieles que abandonaron Jerusalén para evitar la profanación y la persecución durante la crisis helenizante, ese mismo período de tiempo que nos dio los mártires a los que se refiere Hebreos 11.35. Las vestimentas de estos individuos los colocan claramente al margen de la sociedad. Las prendas de lino provienen de los artesanos y los comerciantes de los mercados, pero las pieles de animales colocan a los que las visten fuera de la sociedad ordenada. Se trata de personas que ya no tienen cabida en el orden social y que experimentan una tensión y un antagonismo significativos con los poderes fácticos.

Los destinatarios de este sermón pueden situar su propia experiencia, su pérdida de lugar en la sociedad, su marginación en el contexto de un pueblo de Dios más amplio, que siempre se ha alejado de sentirse en casa en este mundo para sentirse en casa con Dios. Se les insta explícitamente a aceptar este movimiento de alejamiento de la sensación de sentirse en casa dentro de la sociedad hacia el final del sermón, en el capítulo 13, versículos 12 al 14. El autor introduce un comentario interesante en medio de este pasaje, de quienes el mundo no era digno.

Se trata de un cambio de rumbo sorprendente. El autor básicamente pone en tela de juicio quién juzga a quién cuando el pueblo de Dios es marginado y tratado con desdén. El hijo de Dios, el seguidor de Dios, no debe ser evaluado según los estándares de la cultura dominante.

En este caso, se trata, en particular, de la cultura grecorromana. En cambio, el mundo exterior es evaluado por el modo en que ha tratado a los fieles que se encuentran en su seno. De este modo, los destinatarios pueden estar seguros, en su situación, de que la censura y el abuso que les sobreviene como resultado de su compromiso de honrar y obedecer al único Dios no es una señal de su propia desgracia, sino de la desgracia de los infieles.

En los dos últimos versículos del capítulo 11, el autor habla de las limitaciones que experimenta todo este desfile de héroes de la fe en comparación con las que los propios destinatarios han llegado a experimentar. Mientras que los fieles precristianos habían recibido muchos dones prometidos por Dios, el autor tiene en mente aquí la promesa de una herencia eterna para y por la que, en su opinión, todo el pueblo de Dios ha luchado unido. Esta patria celestial o reino inquebrantable todavía estaba por revelarse, y todo el pueblo de fe lo recibiría conjuntamente.

Al decir que estos héroes de la fe no habían alcanzado todavía la promesa, el autor no los está culpando ni avergonzando. La provisión de Dios para llevarles muchos clientes fieles y confiados al beneficio prometido de una patria celestial incluía el sacrificio de Jesús, que perfecciona para siempre a quienes se acercan a Dios. Los patriarcas anhelaban entrar en el mismo descanso que está abierto para los oyentes, pero este camino nuevo y vivo no podía abrirse hasta que, en la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios cumpliera su obra sacerdotal.

El algo mejor de Hebreos 11:40 es una referencia indirecta a Jesús, quien está en el centro de todo lo mejor en este sermón, un mejor mediador de un mejor pacto fundado en mejores promesas, llevando a los oyentes a sus mejores posesiones en su mejor país. Esta oración final le da una urgencia especial a la exhortación que seguirá en el capítulo 12 1 a 3. Los destinatarios están más cerca de la meta que cualquiera de los ejemplos de fe celebrados en el capítulo 11, y han visto los medios por los cuales Dios lleva la promesa a su cumplimiento final. Su gratitud y lealtad deben ser aún mayores y más firmes ya que Dios les ha dado un lugar especial en el cumplimiento de su promesa a todas las personas de fe.

Sin embargo, la responsabilidad es igualmente mayor. ¿Dejarán ellos, al final de esta carrera de relevos, el testigo que se les ha pasado a la vista de los muchos que ya han corrido la carrera tan bien y tan honorablemente? En Hebreos 12:1 al 3, el autor llega por fin al mejor ejemplo de fe en acción, es decir, Jesús, y también exhorta a los oyentes a ocupar su lugar en esta carrera de relevos de la fe. Con un enfático “así también nosotros”, por lo tanto, el autor pasa de la alabanza a los héroes de la fe a exhortar a los oyentes a seguir viviendo como tales personas de fe y a ocupar su lugar en las filas de aquellos que han lidiado con el reino visible y sus desafíos como personas cuyos ojos estaban puestos en lo invisible y en el futuro que Dios está haciendo realidad.

Así que, teniendo en derredor nuestro tan gran multitud, corramos también con paciencia la carrera que tenemos por delante, despojándonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y puestos los ojos en el iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual por el gozo que le esperaba soportó la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que soportó tal hostilidad de parte de los pecadores contra sí mismo, para que no desfallezcáis ni os canséis en el ánimo. El autor presenta aquí la imagen atlética de una carrera, aunque a los destinatarios les parezca más bien que han estado corriendo un guante a causa del abuso y la marginación a la que han sido sometidos.

Al ayudar a los oyentes a pensar en el discipulado en términos de un evento deportivo, les presenta la perspectiva de una victoria honorable al final de este viaje. La desgracia no se evita cediendo a las presiones del prójimo, sino perseverando hasta la meta a pesar de las presiones del prójimo. Y los insta a perseverar, teniendo en cuenta quién se sienta en las gradas.

Aquí, la nube de testigos bien podría ser considerada como una nube de espectadores. No son simplemente testigos de la virtud de la fe, sino testigos de cómo los destinatarios de este sermón correrán ahora la carrera. Y esas tribunas no están llenas de fanáticos deportivos, sino de ganadores de medallas del pasado, todos y cada uno de ellos.

El tribunal de la reputación, cuya aprobación importa y cuyos éxitos pasados condenarían el fracaso de los competidores, está formado por este grupo de héroes de la fe de todos los tiempos, desde la creación hasta el presente. Estos espectadores han demostrado en sus propias vidas que la perseverancia está al alcance de todos los hombres y mujeres entre los destinatarios. Así, el autor los anima a correr con resistencia, apelando así al tema más amplio del coraje, la determinación de permanecer constantes en los propios objetivos frente a las dificultades y las adversidades.

En el mundo antiguo, el valor se solía conceptualizar en relación con el ejercicio de la guerra. El campo de batalla era un lugar de horror, dolor y las cosas más terribles, pero la persona honorable debía enfrentar y soportar esas dificultades para ser fiel a su deber hacia la ciudad-estado. Elegir no soportar esas dificultades sería una negligencia en el cumplimiento del deber y una violación de las obligaciones y la confianza sagradas.

De la misma manera, el autor insta aquí a sus héroes a tener valor mientras se enfrentan a esta brutal contienda frente a la embestida de su vecino, a soportar el horror, el dolor y el terror que podría caer sobre ellos en lugar de verse abandonados a su deber hacia Dios. La imagen de la contienda orienta a los héroes hacia la oposición de sus vecinos paganos de tal manera que la perseverancia, el compromiso cristiano y el testimonio frente a la censura y el abuso se convierten en el camino

noble y valiente, mientras que ceder a las técnicas de humillación del mundo exterior se convierte en el camino innoble y cobarde. Este es un golpe asombroso, ya que el autor está convirtiendo la continua resistencia a la censura en un curso de acción honorable.

El predicador sabe que para correr una carrera con eficacia es necesario correr sin cargas. Por eso, exhorta a los destinatarios a que se desprendan de todo peso, de todo lo que los enreda y les impide avanzar bien. En la situación pasada del héroe, su reputación se convirtió en un peso que podría haberlo hecho tropezar si hubiera intentado mantenerla intacta, seguir llevándola como si fuera su responsabilidad.

En cambio, lo dejaron de lado para correr hacia Cristo. Su ser físico se convirtió en un peso que, nuevamente, si hubieran estado dispuestos a mantener sus cuerpos libres de daño, podría haberlos hecho dejar de correr por completo. Una vez más, se quitaron ese peso de encima y siguieron corriendo hacia adelante.

Sus bienes se convirtieron en un peso cuando se vieron atrapados entre conservarlos y conservar a Cristo. Una vez más, escogieron la mejor parte y dejaron el peso a un lado. Y, por supuesto, antes de estos pesos, estaban los pecados que llenaban sus vidas, pecados que les fueron revelados por la iluminación que les llegó con el Espíritu Santo y el evangelio, pero que eran solo una forma de vida antes, por ejemplo, la participación en la idolatría.

Se deshacen de todos esos pesos. Si ahora algunos están vacilando o ya se han alejado de la comunión abierta con un grupo cristiano, es claro que están siendo nuevamente agobiados, en su caso, por una renovada preocupación por su reputación o su nueva situación económica y cosas por el estilo. El llamado del autor a tales creyentes es que sigan despojándose de todo lo que amenace el progreso en esta carrera.

La carrera que tenemos por delante es la que Jesús corrió delante de nosotros, y esta conexión lleva al autor a presentar a Jesús en Hebreos 12 versículo 2 como el principal ejemplo de cómo correr. La forma en que Jesús encontró oposición en el camino hacia la meta proporciona a los muchos niños un modelo de perseverancia exitosa en la carrera, y por lo tanto, el autor instará a los oyentes a correr su carrera mirando a Jesús, el pionero y consumidor de la fe. Nótese que estoy traduciendo esto como el pionero y consumidor de la fe, no el pionero y consumidor de nuestra fe, como lo hacen muchas traducciones al inglés.

En el griego, sencillamente no hay base para el pronombre posesivo nuestro, y esas traducciones oscurecen el hecho de que Jesús es el ejemplo culminante de fe en acción que ofrece el autor en este elogio de la fe que comienza en el capítulo 11, versículo 1. Jesús es el pionero de la fe en el sentido de que va delante de los creyentes. Se podría comparar la discusión que hace el autor sobre Jesús como

nuestro precursor en el capítulo 6, versículo 20. Jesús también, cito, conduce a la multitud de los muchos hijos e hijas a la gloria, como lo expresó el autor en Hebreos capítulo 2, versículo 10, el otro lugar de este sermón donde se llama a Jesús pionero.

Como pionero, Jesús abrió el camino a través de las dificultades y la vergüenza en aras del gozo que tenía por delante, el gozo que todavía se alza ante los muchos hijos e hijas que siguen su camino. Su exaltación por parte de Dios a un lugar de honor incomparable en el cosmos demostró que su actitud hacia la opinión del mundo era la correcta. El final de su historia es una prueba de que caminar como él caminó conducirá también a los muchos hijos e hijas a la gloria.

Como perfeccionador de la fe, Jesús ha mostrado confianza o fe en su forma más completa y perfecta, y la ubicación de Jesús al final de esta lista de ejemplos apoyaría tal lectura. Él fue el primero y fue más lejos que cualquier otra persona en términos de encarnar lo que es la fe. El ejemplo de Jesús está enmarcado de manera sucinta y poderosa en Hebreos 12 versículo 2. Jesús, cita, soportó una cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

La crucifixión era el punto más bajo en términos de degradación y vergüenza, y lo era de manera bastante intencional. Crucificar a alguien era exponerlo a la desgracia pública y, en efecto, convertirlo en un cartel humano para todos los transeúntes que dijera: “No seas como esta persona”. Por lo tanto, despreciar la vergüenza es esencial para perseverar en la fe en Dios en medio de este mundo.

Esto está en el centro de lo que Jesús tuvo que hacer y es también un tema recurrente a lo largo del capítulo 11. Encontramos aspectos de desprecio por la vergüenza en el caminar de fe de Abraham, Moisés y los mártires. También es central para el ejemplo pasado de la propia congregación en el capítulo 10, versículos 32 a 34.

En este caso, el autor probablemente no sólo está pensando en despreciar la experiencia de sentirse avergonzado, sino en despreciar la vergüenza en sí misma, entendiendo la vergüenza en el sentido de sensibilidad a la evaluación que hace el forastero de lo que es noble o vergonzoso. La ignorancia del forastero sobre el camino hacia el honor ante Dios y las justas exigencias de Dios distorsiona su propia capacidad de reconocer lo que es honorable o no. En el discurso filosófico de este período se plantean puntos similares.

Platón, Séneca y Epicteto enseñarían a sus lectores o a sus discípulos que la preocupación por la opinión de los no iniciados, de los no filósofos, es, en el mejor de los casos, una distracción y, en el peor, un descarrilamiento para la persona que desea vivir una vida virtuosa en general. El ejemplo de Jesús es extremadamente relevante para los oyentes en este punto. A ellos también se les está llamando a seguir despreciando la vergüenza.

No deben dejarse llevar hacia la izquierda o hacia la derecha en su carrera por ninguna sensibilidad a la alabanza o la censura de los no cristianos. Es sólo la aprobación de Dios, Cristo y la comunidad de fe a través de los tiempos lo que debe determinar sus decisiones y acciones. En palabras del padre de la iglesia del siglo V, Juan Crisóstomo, Jesús murió deshonrosamente, sin otro motivo que enseñarnos a considerar como nada la opinión de los seres humanos.

La muerte de Jesús en la cruz es una muerte sufrida por ellos y, por lo tanto, una muerte que, cada vez que se menciona, debe despertar su gratitud y su respeto, en lugar de su desprecio y repugnancia. Llamar la atención una vez más sobre los sufrimientos o las dificultades soportadas por un patrón, un mediador como Jesús, debería despertar sentimientos similares de lealtad y agradecimiento por parte de aquellos que se han beneficiado. Llamar la atención sobre tal autoinversión por parte del patrón es común en las inscripciones honoríficas del mundo grecorromano.

Es un signo del grado de inversión del patrón en los beneficiarios y, por lo tanto, un motivo de gratitud aún mayor y de inversión y lealtad recíprocas. Jesús soportó dificultades con el fin de alcanzar un objetivo noble o, en palabras del autor, por el bien de, en griego, la preposición es *anti*, el gozo puesto ante él. Existe cierta discusión entre los comentaristas sobre cómo entender exactamente la preposición *anti* aquí.

¿Debemos entenderlo como en lugar de o por causa de? ¿Fue en lugar del gozo puesto delante de él que Jesús soportó una cruz, o fue por causa del gozo puesto delante de él que soportó esta cruz? El balance de la evidencia, en mi opinión, se inclina fuertemente a favor de por causa de. Por un lado, el autor no da ninguna indicación de qué gozo estaba dejando de lado Jesús al permanecer obediente a Dios, pero el autor es muy claro a lo largo del sermón acerca del gozo que vino a Cristo como resultado de su resistencia a la cruz, particularmente su exaltación, algo anunciado ya en los primeros cuatro versículos de Hebreos y que el autor ha tenido en cuenta a lo largo de su sermón. Este gozo particular puesto delante de él también se menciona aquí en el contexto inmediato.

Después de despreciar la vergüenza y soportar la cruz, Jesús se sentó a la diestra de Dios. Sentarse a la diestra de Dios sería entonces sinónimo y cambiaría el nombre del gozo puesto delante de él por el cual Jesús soportó este dolor y esta desgracia. La misma preposición también aparece unos pocos versículos más adelante en el capítulo 12, versículo 16.

La elección necia y deshonrosa de Esaú, quien, por una simple comida, vendió su herencia como primogénito, contrasta con la elección de Jesús. Jesús elige las dificultades temporales por una honra eterna. El ejemplo de Jesús también encaja con el paradigma de Aristóteles de la persona valiente en la *Ética* a Nicómaco de

Aristóteles, es decir, la persona que gana elogios al someterse a alguna desgracia o dolor por causa de algo. Aristóteles usa la preposición ante, por causa de algún objeto grande y noble.

En 12:3, el autor aplica el ejemplo de Jesús a la situación del oyente. Consideren a aquel que soportó tal hostilidad de parte de los pecadores contra sí mismo, para que ustedes no se cansen ni desmayen en sus corazones. Los creyentes enfrentan hostilidad y contradicción de parte de los pecadores tal como lo hizo Jesús, aunque su lucha es mucho menos brutal que la que soportó Jesús, como el autor continúa señalando en el versículo 4. En su propia lucha con el pecado, ustedes aún no han resistido hasta el punto de derramar sangre.

El hecho de que Jesús haya soportado una hostilidad, un dolor y una degradación sustancialmente mayores a manos de los pecadores debería animar a aquellos por quienes sufrió esas cosas a no cansarse de correr la carrera ellos mismos. En este punto, el oyente debería tener en cuenta consideraciones de reciprocidad. Cansarse significaría romper la fe en aquel que soportó infinitamente más para traerles beneficios en primer lugar de lo que ellos han soportado para aferrarse a esos beneficios y aferrarse a su benefactor.

Todavía no han comenzado a entregarse a Cristo, como Cristo se entregó a ellos. Etiquetar a quienes muestran hostilidad hacia Jesús como pecadores también ayuda a reforzar los límites del grupo y a aislar a los creyentes de la opinión de sus vecinos. La hostilidad de los no creyentes hacia los creyentes, al igual que la hostilidad de la gente hacia Jesús en su pasión y muerte, muestra que están en el lado equivocado de los valores de Dios.

Compartir la experiencia de hostilidad de Jesús por parte de los extraños se convierte en una ocasión para que la audiencia se identifique más de cerca con Jesús, y por lo tanto también en una oportunidad para que se identifiquen con el resultado final de los sufrimientos de Jesús, así como con su entrada en la gloria. El propio ejemplo de Jesús muestra a los oyentes que, incluso en medio del reproche y la marginación, están en un lugar de gran favor ante Dios. Hebreos 11:1 al 12:3 contiene una gran cantidad de fuerza retórica para el logro de los objetivos pastorales del autor para sus oyentes.

Se trata de una combinación de pruebas basadas en ejemplos históricos y de apelaciones a la emoción de la emulación, el anhelo de alcanzar para sí el éxito o los frutos del éxito que uno ve disfrutar a otra persona. La prueba de los ejemplos históricos demuestra, en primer lugar, que el camino de la perseverancia fiel es factible; en segundo lugar, que conduce de hecho a un recuerdo honorable y, en particular, en el ejemplo de Jesús, que conduce de hecho al honor en el reino de Dios. Este elogio de la fe es también una apelación a la emulación en la medida en que, cuando las personas de los períodos helenístico y romano oían que se alababa a

alguien, deseaban con toda naturalidad alcanzar para sí mismas las cualidades o los logros que llevaron a otra persona a la experiencia de ser honrada y alabada.

Esto es algo básico en la psicología de las personas que provienen de las culturas mediterráneas de la era grecorromana. El autor elabora un retrato de la fe en acción que se adapta especialmente a los desafíos que enfrentan los destinatarios, y al mostrar a estas personas que han alcanzado honor no solo a los ojos de Dios sino a los ojos de las personas de fe a lo largo de los siglos, despierta emulación en los oyentes. Comienza de nuevo a despertar o al menos a confirmar la ambición en sus corazones de alcanzar un honor similar por medios similares.

Al igual que Abraham, los destinatarios están llamados a perseverar en su peregrinación hacia ese reino inquebrantable y a no mirar atrás con nostalgia, hacia la patria que dejaron atrás socialmente, si no espacialmente. Al igual que Abraham, Moisés, los numerosos mártires y el pueblo de Dios marginado a lo largo de la historia, y al igual que el propio Jesús, se les desafía a no tener en cuenta la opinión de quienes encarnan los valores de la sociedad en lugar de los valores de Dios. También se les desafía a aceptar la desgracia ante los incrédulos para recibir el testimonio positivo de Dios y compartir el destino honorable del pueblo de Dios.

Por supuesto, este capítulo sigue planteando desafíos particulares a las personas de fe mucho más allá del contexto de los oyentes a los que se dirige el predicador. Este capítulo nos recuerda en cada generación que la fe mira a Dios, las promesas de Dios, el futuro de Dios y el reino de Dios como aquello que es en última instancia real y digno de inversión. Hebreos 11 nos plantea la pregunta fundamental : ¿qué es más real para usted en el transcurso de la actividad de un día típico? ¿Son las agendas impuestas por las preocupaciones mundanas las que ocupan el primer lugar en sus pensamientos y energía, o son las agendas impuestas por el Espíritu Santo de Dios cuando atiende esas otras preocupaciones secundarias? ¿Son más reales las recompensas tangibles de sus labores (propiedad, hogar, alguna medida de lujo, seguridad financiera para el futuro)? ¿O son más reales las recompensas intangibles de su búsqueda de Dios? La forma en que desplegamos nuestro tiempo, talentos, energías y recursos nos dirá algo acerca de dónde nos encontramos a lo largo de este continuo.

El elogio de la fe nos recuerda también que la fe orienta nuestras ambiciones hacia el agrado de Dios en todo lo que pensamos, decimos, hacemos y nos abstenemos de hacer. Los héroes de la fe persiguieron esto como si su vida y su más allá dependieran de ello. ¿Nosotros también? Los autores del Nuevo Testamento nos hablan también a nosotros, tanto de las promesas de liberación, de salvación como de la advertencia de los juicios, llamándonos a responder con fidelidad, es decir, con la confianza que ordena todo nuestro ser y nuestro hacer.

En palabras de Pablo, por tanto, aspiramos a agradar a Dios, pues es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba la recompensa por las obras que hizo mientras estaba en el cuerpo, ya sea buena o mala. Como Abraham y Moisés, la persona de fe vive como un extranjero en este mundo, más que como un ciudadano arraigado. Estamos llamados a abandonar nuestras tierras natales, no necesariamente en un sentido geográfico, pero ciertamente en un sentido ideológico.

Se nos desafía a renunciar a nuestra educación en los valores y prioridades de nuestra sociedad y a reformular nuestros deseos, ambiciones, valores y prioridades de acuerdo con los que Dios nos ha dado a conocer. Esto requiere un trabajo consciente e intencional a medida que examinamos cómo nuestros valores, nuestras prioridades y nuestro sentido de valía han sido moldeados por voces que no esperan la recompensa de Dios sino sólo recompensas temporales. A medida que nos volvemos a socializar nosotros mismos y a los demás en el cuerpo de Cristo, debemos incorporar aquellos valores y prioridades que Dios alaba, aunque nuestros vecinos e incluso nuestros familiares puedan pensar que somos tontos.

Al igual que Moisés, tenemos dos destinos por delante. Nacemos con un solo destino. Nuestra educación y nuestros compañeros seculares nos preparan para ser miembros confiables de nuestra sociedad, para disfrutar de los dones prometidos y para ser espejos de los valores de nuestra sociedad.

Cumplimos este destino cuando vivimos nuestra socialización primaria en los valores del mundo. Sin embargo, como Moisés, estamos llamados a reconocer que, incluso si ese destino incluye una vida de riqueza, fama y poder, tal como este mundo la considera, nuestro destino final será el arrepentimiento y el remordimiento cuando Dios venga a juzgar a quienes han despreciado sus promesas en aras de bienes temporales. Por la fe, nacemos a una nueva esperanza y estamos llamados a dedicarnos plenamente a la búsqueda de ese premio como nuestro verdadero destino.